

cesariamente combinaciones bellas. No es lícito apartarse de este plan de la perfección. Luego, hallándose sujeta á una intención sumamente sabia, es necesario que haya sido puesta en condiciones tan concordés *por una causa primera que sobre ella domina*; y hay un Dios por lo mismo que la naturaleza no puede proceder siquiera en el caos de otro modo que con sujeción á reglas y al orden¹.

Luego un Dios en oposición á las "muchas cosas, cada una de las cuales tiene su naturaleza propia é independiente.", En la página 220 y siguientes de la misma disertación KANT se objeta á sí mismo, que si por un lado hemos reconocido en las más diversas disposiciones del universo la sabiduría de Dios, que lo ha ordenado todo como conviene al provecho de los seres racionales, por otro no se concibe cómo haya podido confiarse la ejecución de las intenciones divinas á la materia bruta y á la naturaleza abandonada á sí sola. La solución que ofrece después es ésta: "¿No es preciso que la mecánica de todos los movimientos naturales propenda esencialmente á resultados concordés con el plan trazado por la inteligencia divina en toda la extensión de las combinaciones? ¿Cómo es posible que tenga aspiraciones aberrantes y una disolución desenfrenada en su acción, cuando todas sus propiedades, de las cuales se originan esas consecuencias, derivan su determinación de la idea eterna de la inteligencia divina, en la cual lo uno debe relacionarse y armonizarse con lo otro necesariamente? Si se le mira bien, ¿cómo es posible justificar aquel modo de juzgar que considera á la naturaleza como un sujeto refractario, y que no puede ser contenido en el carril del orden y de la armonía común sino por una especie de fuerza que pone límites á su acción libre, mientras que se crea que es un principio que se basta á sí mismo, cuyas propiedades no reconocen ninguna causa y que Dios trata de supeditar á sus designios cuanto es posible? Cuanto más exacto sea nuestro conocimiento de la naturaleza, tanto más comprenderemos que las propiedades generales de las cosas no son extrañas entre sí, ni desligadas unas de otras; antes nos persuadiremos suficientemente de que tienen afinidades esenciales, gracias á las cuales son aptas para auxiliarse mutuamente en el establecimiento de constituciones perfectas, en lo cual consiste la acción recíproca de los elementos que produce la belleza del mundo material, y aprovecha á la vez al de los espíritus, y, en general, de que las diferentes naturalezas de las cosas constituyan ya en el campo de las verdades eternas, por decirlo así, un sistema en el cual la una está relacionada con la otra, y no tardaremos en con-

¹ Tomo VI, pág. 51.

vencernos de que esa afinidad les viene de la comunidad de aquel origen del cual todas han tomado sus determinaciones esenciales.

Es verdad que KANT mismo no sabía que, al presentar el problema como lo ha hecho, volvía á abogar por el modo como la antigua y desdeñada filosofía peripatética solía concebir la naturaleza, y especialmente, por la *forma* y el *apetito innato*. Mas aquí importa ante todo notar que en los párrafos transcritos reconoció explícitamente *la oposición entre Dios y el mundo*.

683. Ahora vamos á ver qué ventajas KANT mismo encuentra en su modo mecánico de explicar el origen del mundo.

Entre todos los métodos de juzgar acerca de las obras de la naturaleza, tiene por el más perfecto á aquel que "está siempre dispuesto á admitir también datos *sobrenaturales*,"—y adviértase bien, no solamente de suerte que la mecánica del mundo esté encaminada desde la creación á producir un suceso aislado que encierre un castigo, cual fué el diluvio, pues poco antes KANT dice: "Semejante procedimiento no es conforme á la sabiduría divina, la cual no intenta nunca hacer alarde de arte inútil, que sería censurado hasta en un hombre que, pudiendo disparar un cañón sin más que encender la pólvora, quisiera aplicarle un aparato de relojería por medio del cual se descargara en el instante determinado mediante un ingenioso artificio mecánico,"—"aquel método que no se niega tampoco á reconocer las disposiciones verdaderamente artísticas de la naturaleza, y con todo no se deja impedir el buscar las razones de esa tendencia á la utilidad y consonancia en leyes universales y necesarias, cuidando constantemente de conservar la unidad y guardándose prudentemente de multiplicar por aquella el número de las causas naturales. Si á esto se agrega la atención á las reglas generales que pueden hacer concebible la razón de la unión necesaria entre aquello que sucede naturalmente y sin previa disposición, y las reglas del provecho ó de la comodidad de los seres racionales, y luego se asciende al Autor divino, este modo físico-teológico de juzgar cumple bien con su deber¹."

Promete después que á estas exigencias corresponderá cumplidamente la hipótesis establecida por él acerca del origen del universo, la cual vuelve á exponer brevemente en la séptima reflexión, que comienza en seguida. Así, no puede dudar ningún hombre libre de preocupación, de que la existencia de Dios era, según el propio dictamen de KANT, perfectamente compatible con su nueva teoría cosmogónica.

Pero hay más. En el mismo interesante escrito KANT declara

¹ El pasaje transcrito se halla en el tomo I, pág. 253.—(Advertencia de la Traducción.)

expresamente que su intención es hallar el método "de elevarse, mediante la ciencia natural, al conocimiento de Dios.. Concede que las fuerzas de la naturaleza, que según las leyes naturales no tienen ninguna relación con la conducta de los hombres, son especialmente enderezadas por el Ser Supremo á cada caso particular (por ejemplo, cuando un terremoto asola á una ciudad corrompida); "pero entonces el acontecimiento es formalmente sobrenatural á pesar de que la causa media fué una fuerza de la naturaleza.. Dice que no solamente las cosas naturales son contingentes en cuanto á su existencia, sino que es contingente también la conexión entre diferentes especies de cosas, cuales son el aire, la tierra, el agua, debiéndose aquella atribuir únicamente á la libre disposición del Autor supremo. Habla de una *elección divina*, y advierte que no se cuente á toda ventaja entre los móviles que impulsaron á Dios, ni se la considere como "sabia disposición del autor.. Mediante la luna y los satélites de Júpiter se suele calcular la longitud del mar (?) ¹; en este caso hay que guardarse de considerar esto como el objeto "por el cual las causas que produjeron dichas estrellas, hayan sido ordenadas por el albedrío divino..

"Hay que evitar, observa KANT, el que se merezca con razón las burlas de VOLTAIRE, quien dijo con la misma intención: "Ved por qué tenemos narices; sin duda para afirmar sobre ellas las gafas.. El albedrío divino no es causa bastante porque los mismos medios que serían necesarios solos para alcanzar un fin, sean provechosos aún por tantos otros conceptos. Aquella comunidad admirable que reina entre las esencias de todo lo creado, haciendo que sus naturalezas no sean extrañas entre sí, sino que se acomodan de por sí una á la otra, entrelazadas por una armonía amplia, y encierran en su esencia un dilatado y necesario acuerdo mutuo, destinado á asegurar la perfección del todo, tal es la causa de tan variadas ventajas, que, según nuestro modo, es lícito considerar como otras tantas pruebas de un Autor sumamente sabio, aunque no en todos los casos como disposiciones unidas á las demás por especial sabiduría á causa de ciertas ventajas accesorias. Sin duda las razones por las que Júpiter tiene lunas, son completas, aunque la invención de los telescopios no nos hubiese puesto en el caso de utilizarlas para medir la longitud. No obstante, estas ventajas, que deben considerarse como consecuencias secundarias, deben ponerse en cuenta para deducir de ellas la incomparable excelencia del Autor de todas las cosas. Porque, juntamente con muchos millones de otras semejantes, son

¹ Die Länge des Meeres. Así dice, en efecto, el texto de KANT, que hemos cotejado con la cita del P. PESCH, pero creemos que debe ser errata y debe decir en el mar. (Advertencia de la Traducción.)

pruebas que demuestran la existencia de la gran cadena que enlaza, en lo que puede ser, aquellas partes de la creación que no parecen tener que ver nada una con otra; porque, de otro modo, no se pueden tampoco añadir al número de los móviles que determinaron la voluntad divina, aquellas ventajas que trae consigo el resultado de una disposición libre, y que el autor conoce y comprende en su designio, si aquéllos ya eran completos aunque no se atendiese á semejantes consecuencias secundarias. Sin duda el agua no tiende á ponerse en la horizontal para servirnos de espejo..

Y luego exclama: "Ampliad cuanto podáis vuestras ideas acerca de la inmensa utilidad que una cosa creada ofrece por mil conceptos, al menos virtualmente, y entrelazad con semejantes relaciones los más distantes miembros de la creación. Después de admirar, como es debido, los productos de las disposiciones directamente ingeniosas, no dejéis de admitir y adorar, aun en el aspecto encantador de la relación fecunda que las consecuencias posibles de las cosas creadas tienen respecto de la armonía universal, y en la causalidad que sin ningún artificio produce tan variada belleza, aquel poder en cuyo manantial eterno y primordial las esencias de las cosas están en cierto modo dispuestas y prontas, constituyendo un plan de los más sabios ¹.."

684. Como el lector ve, las palabras del célebre filósofo que llevamos transcritas, destruyen completamente las aserciones de ДИЕТРИХ. ¿Mas no encuentra éste tal vez una disculpa de su mala inteligencia en la energía con que KANT reduce á una sola causa primordial aun la posibilidad y la esencia de las cosas? Pongamos aquí lo más fuerte que KANT ha escrito en tal sentido: "Es manifiesto que las esencias de las cosas envuelven relaciones amplias á la unidad y armonía, y una armonía universal se extiende sobre todo el dominio de la posibilidad. Causa admiración tanta conveniencia y natural coaptación, la cual, con eludir el artificio vidrioso y forzado, no puede jamás ser atribuida al acaso; antes es indicio seguro de que en las posibilidades mismas hay cierta unidad, y de que la dependencia común de las cosas demuestra un gran principio, uno en sí ².."

Pero ¿acaso es nuevo lo que KANT nos dice ahí? ¿No han enseñado lo mismo los pensadores de la escuela antigua? (Núm. 522.) Exigiendo que se conciba el orden, no como impuesto á las cosas contra su naturaleza, sino como conforme con la esencia de las cosas, muestra ser más profundo que todos sus contemporáneos pro-

¹ Loc. cit., págs. 167, 212, 213, 214, 247, 248.

² Loc. cit., pág. 202.

testantes. A quien eso parezca oler á panteísmo, le aconsejamos estudiar á KANT antes que *escribir libros sobre KANT*. Cualquier teísta de la tendencia más católico-romana diría sin vacilar lo mismo que KANT: "Extraño é inconcebible me parecería el que, sin auxilio de continuos milagros, pudiera realizarse nada provechoso por un gran concierto natural. Porque debería ser una casualidad rara el que las esencias de las cosas que tuviesen cada una por sí su necesidad aparte, se armonizasen de tal manera que hasta la suprema sabiduría pudiera formar de ellas un gran todo, en el cual, en medio de tan múltiple dependencia, brillasen, conforme á leyes generales, una armonía y belleza insuperables. Empero sabiendo que solamente por haber un Dios es posible otra cosa, presumo que aun en las posibilidades de las cosas debe de existir un concierto conforme á su gran principio, y cierta aptitud para constituir, mediante disposiciones generales, un todo que concuerde bien con la sabiduría de aquel mismo ser del cual toman su razón, y hasta me maravillaría de que aquello que sucede ó sucediese conforme al curso de la naturaleza y con arreglo á leyes generales, hubiese de desagradar á Dios y requerir un milagro que lo corrigiese; y si es que alguna vez sucede así, la ocasión misma que lo motiva, pertenece al número de las cosas que acaecen de vez en cuando, pero jamás pueden ser concebidas por nosotros¹."

Mas escuchemos de qué modo el pensador regiomontano se aprovecha de la circunstancia de que el orden del mundo no está fuera de las cosas, antes entra en su esencia y posibilidad, para demostrar que Dios, el Señor, no es solamente el ordenador, sino también el Criador del mundo (Núm. 463). Dice:

"El orden de la naturaleza, por cuanto es considerado como contingente y originado del albedrío de un ser racional, no prueba que también las cosas de la naturaleza, sabiamente unidas entre sí por tal orden, deriven su existencia de aquel autor. Porque únicamente esta conexión es de índole tal, que presupone un plan sabio; por lo cual también ARISTÓTELES (?) y muchos otros filósofos de la antigüedad no derivan de la Divinidad la materia ó el material de la naturaleza, sino solamente su forma. Tal vez no fué antes del tiempo en que la Revelación nos enseñó la dependencia completa del mundo de Dios, cuando por vez primera la Filosofía consagró los esfuerzos debidos á considerar el origen aun de aquellas cosas que constituyen la tela bruta de la naturaleza como una realidad que sería imposible sin un autor. Dudo que nadie haya conseguido demostrar la necesidad de hacer ver la identidad del autor del

¹ Loc. cit., pág. 222.

orden y del criador de la materia, y en el último capítulo alegaré las razones que tengo para pensar así. Por lo menos, el orden contingente de las partes del mundo, en cuanto indica que procede de un decreto libre, no puede contribuir á demostrar aquella identidad. Por ejemplo, en el cuerpo de un animal hay miembros de la sensación tan artificialmente unidos á los que sirven al movimiento espontáneo y á las partes vitales, que sería, no ya irracional, sino temerario, quien, admitiéndolo, pretendiese desconocer á aquel sabio autor que ordenó tan ingeniosamente la materia de que está compuesto el cuerpo de un animal. Pero nada más se sigue de ahí, y queda sin decidir si esa materia es eterna é independiente por sí, ó si ha sido producida por aquel mismo autor. Mas de modo muy distinto juzgaremos cuando advirtamos que no toda perfección de la naturaleza es artificial, sino que reglas de gran utilidad están unidas con necesaria unidad, y que este concierto está en *las posibilidades de las cosas mismas*. ¿Cómo hemos de juzgar acerca de esta observación? ¿Es posible esta unidad, este fecundo buen acuerdo, sin dependencia de un sabio autor? Lo formal de tanta y tan múltiple regularidad lo prohíbe. Sin embargo, dado que esa unidad está, con todo, fundada en la posibilidad de las cosas, debe haber un ser sabio sin el cual no son posibles todas estas cosas naturales mismas, y en el cual, como en un fundamento grande, las esencias de tantas cosas naturales se conciertan mediante relaciones tan regulares. Mas entonces es claro que no sólo la especie de este concierto, sino las cosas mismas, son posibles únicamente gracias á aquel ser, esto es, que pueden existir solamente como obras suyas, lo cual sólo es suficiente, por fin, para demostrar que la naturaleza depende de Dios por todos sus lados. Si se pregunta luego: ¿cómo dependen esas naturalezas de este ser para que yo pueda comprender la consonancia con las reglas de la sabiduría? Respondo: "dependen de él en cuanto que á la vez que este ser contiene la razón de la posibilidad de las cosas, es también la razón de su propia sabiduría."

En otro lugar posterior KANT resume con verdadero acierto lo dicho, que á él le parece ser nuevo, dado su limitado horizonte protestante, en este bello párrafo:

"La suma de todas estas consideraciones nos lleva á un concepto del Ser Supremo que comprende en sí cuanto puede pensar el hombre hecho de barro, que se atreve á penetrar con una mirada escrutadora el tupido velo que oculta á los ojos de la criatura los arcanos del Insondable. Dios es omnisciente. Todo lo que existe, bien sea posible ó real, no es nada sino por cuanto es dado por Él. En lengua humana, el Infinito hablaría de sí mismo de este modo: Yo soy de eternidad en eternidad; nada hay fuera de mí sino por

cuanto es algo por mí.—Este pensamiento, el más sublime de todos, ha sido descuidado, ó no ha sido tocado siquiera por los más¹.

683. Basta con estas citas. A juzgar por los pasajes impresos con letra bastardilla en el libro de DIETRICH, este sabio atribuye gran importancia á lo que KANT dice de "la dependencia en la cual se hallan las esencias de todas las cosas respecto de Dios," declarando que aun las cosas mismas no son posibles sino por Dios; que la posibilidad de las cosas se funda en la esencia de Dios; que Dios es omnisuficiente; que todo lo que es, no es sino por cuanto es dado por Dios, y, por fin, que KANT habla del cuidado de conservar la unidad y de la aversión á multiplicar el número de las causas naturales. ¡En tales proposiciones es donde nuestro adversario halla "ideas que suenan á SPINOZA!"²

Pues si eso suena á SPINOZA, otro SPINOZA habría de haber sido el que escribió: "En el principio Dios crió el cielo y la tierra," (Pent., I, 1); y á SPINOZA sonaría y aun sería efectivamente espinozista, el sermón que dijo el gran Apóstol de las gentes ante el Areópago: "Dios, quien hizo el mundo y todo cuanto hay en él, El, que es Señor del cielo y la tierra, no habita en templos hechos con las manos, ni se hace servir por manos de hombres, como si de alguna cosa tuviese necesidad aquel que á todo le da vida y aliento y todo," (Act. Apost., XVII, 24); y panteísta consumado sería el santo Obispo de Hipona cuando dice: "Dios es en sí mismo alfa y omega; está en el mundo como su autor y conservador; está en los ángeles como su alimento y gala; está en la Iglesia como el padre de familia en su casa; está en el alma como el esposo con su desposada; está en los justos como su auxilio y amparo, y está en los malvados como su miedo y pavor"³.

Verdad es que KANT advierte que no se reduce á una intervención inmediata de Dios todo el orden reinante en el mundo.

En su *Historia natural del cielo* dice: "Cuando se da entrada á la infundada preocupación de que las leyes generales de la naturaleza por sí solas no traen consigo nada sino el desorden, y la mano de Dios obrando inmediatamente se revela en toda consonancia provechosa que se descubre en la constitución de la naturaleza, es preciso convertir en milagros todas sus obras. Habrá quien no quiera derivar de las fuerzas inherentes á la materia el hermoso arco que aparece en las gotas de lluvia cuando éstas disgregan los colores de la luz solar, ni la lluvia que tan indispen-

¹ Loc. cit., págs. 238, 239 y 274.

² Kant y Newton, pág. 198.

³ In Mattheum, 6.

sables ventajas prestan por infinitos modos á las humanas necesidades, ni, en suma, ninguna de las mutaciones del mundo que llevan consigo conveniencia y orden, de suerte que los naturalistas que se han ocupado en semejante ciencia, tendrían que pedir solemnemente perdón ante el tribunal de la Religión, y así no habría ya entonces naturaleza, puesto que solamente un Dios produciría las mutaciones en el mundo como en una máquina. Pero ¿cómo se querrá convencer á un epicúreo con ese extraño medio de deducir la certeza del Ser Supremo de la ineptitud esencial de la naturaleza? Si las naturalezas de las cosas no producen nada sino el desorden según las leyes eternas de su ser, con esto mismo se demostrará que son independientes de Dios. Y ¿qué concepto podrá formarse de una Divinidad á la cual las leyes generales de la naturaleza no obedecen sino por una especie de fuerza, repugnando por sí á sus más sabios designios? ¿No alcanzará el adversario de la Providencia tantas victorias sobre esos principios errados cuantas consonancias pueda señalar que han sido producidas sin ninguna restricción particular por las leyes universales que siguen los efectos de la naturaleza? ¿Le faltarán acaso ejemplos de esta índole? Discurramos más bien de modo más correcto y conveniente, diciendo, que la naturaleza, abandonada á sus propiedades generales, es fecunda en frutos todos ellos bellos y perfectos, y que no muestran solamente en sí consonancia y bondad, sino que armonizan también con toda la amplitud de sus esencias, con la utilidad de los hombres y la glorificación de las propiedades divinas. De esto se sigue que sus propiedades esenciales no pueden tener ninguna necesidad independiente, sino que deben tener su origen en un solo entendimiento, fuente y razón de todos los seres, en el cual han sido trazadas bajo relaciones comunes. Todas las cosas que se refieren una á otra, constituyendo una armonía recíproca, deben ser compaginadas bajo un solo ser, del cual dependen todas. Luego existe un Ser de todos los seres, un entendimiento infinito y una sabiduría autónoma, de la cual toma su origen la naturaleza aun según su mera posibilidad y en la totalidad íntegra de sus determinaciones⁴.

¿Es posible poner de relieve con más énfasis el concepto "medioeval" de la naturaleza, que el que emplea KANT en estos pasajes? Frente á la insulsa teología en cuyo ambiente vivía, su oposición es bien justificada. En el mismo sentido KANT censura también á los que se deciden á "dispensarse del trabajo inquisitivo cuando se trata de una propiedad compuesta y todavía muy dis-

⁴ Tomo VI, pág. 183, y siguientes.

tante de las sencillas leyes fundamentales, contentándose con alegar la inmediata voluntad de Dios.¹

“A quien me preguntase: ¿de dónde vino aquel primer movimiento de los átomos en el universo? Yo le contestaría, que no me he comprometido á indicar la primera de todas las mutaciones naturales, lo cual es, en efecto, imposible. Sin embargo, tengo por inadmisibles pararse en una cualidad natural, por ejemplo, el ardor del sol, análoga á fenómenos cuya causa podemos presumir por lo menos, según leyes conocidas de otra parte, invocando desesperado una inmediata disposición divina por toda explicación. *No cabe duda que ésta debe terminar nuestra investigación cuando se trata de la naturaleza en sutotalidad*; pero en ninguna época de la naturaleza, ya que ninguna puede ser designada como la primera en un mundo sensible, podemos dispensarnos de la incumbencia de buscar entre las causas del universo, siguiendo por la mano toda su cadena, conforme á las leyes que conocemos, mientras no se rompen sus eslabones².”

No pretende, pues, KANT que el orden del mundo no deba reducirse en última instancia á Dios; antes á menudo se encuentra en sus obras el pensamiento de que “*sin duda debe haber un estado primero de la naturaleza, en el cual dependen inmediatamente de Dios así la forma de las cosas como su materia*”³.

¹ Tomo VI, pág. 190.

² Tomo VI, págs. 401 y 402.

³ El respeto que debemos á la honra científica del Sr. DITTRICH nos obliga advertir que no es el sólo quien ataca á Kant de la manera que se ha visto. Parece que los entomólogos de ciertos filósofos alemanes se han vuelto incapaces de comprender ninguna realidad objetiva. Adulteráse hasta á KANT cuando habla como hombre discreto. Son horribles las aserciones con las que se nos viene KUNO FISCHER respecto del *Argumento demostrativo de la existencia de Dios*, de KANT. No viendo en él más que una forma del conocido argumento ontológico, dice: «La posibilidad ó imposibilidad de demostrar la existencia de Dios, es la vida ó la muerte de la Teología racional. Todavía no está perfectamente aniquilada, pero sí reducida á la fórmula más breve y circunscrita, á una sola posibilidad, no teniendo más que una alternativa; en cuanto se la eche de esta última trinchera, estará en el fin de su existencia científica. Por este concepto, Kant ha preparado aquí bien los caminos á la *Critica de la razón pura*. No había ya más que redarguir el argumento ontológico para que el trabajo estuviera hecho; no había que hacer más que una cosa, y ésta era fácil. Ya tenemos fijado en nuestra disertación el punto de vista desde el cual puede pasarse al ataque decisivo. Si es imposible inferir de la posibilidad la realidad, ni del concepto la existencia, lo es en todos los casos que pueden darse, y no se puede inferir ninguna existencia de ninguna posibilidad.» (*Historia de la Filosofía moderna*, segunda edición, tomo III, pág. 198.) Luego, porque no es lícito inferir de la posibilidad de una cosa (verbigracia, un círculo redondo) la realidad de esta misma cosa, ¡tampoco he de estar persuadido de que la posibilidad (la cual, como es sabido, no es producida, sino presupuesta por el conocimiento humano) deba tener alguna razón real! El catedrático ZELLER muestra que acierta mejor á comprender lo que KANT pretende afirmar; pues opina que KANT, insistiendo con tanto vigor en las posibilidades de las cosas (según arriba vimos), parte de un dato empírico, toda vez que supone que haya algo posible. «Pero esta presuposición no se funda, al fin, en otra cosa que en el hecho de nuestro pensamiento.» Al hablar así, el filósofo catedrático confunde dos cosas muy elementales, á saber: el conocimiento de la cosa posible, y lo posible mismo. De aquí preténdase en hora buena que estribe el hecho de nuestro pensamiento; mas sería un desacierto afirmar lo mismo respecto de lo posible. ¡Acaso no hay, con entera independencia del pensamiento humano, una posibilidad del círculo redondo y una imposibilidad del círculo cuadrilátero!

Después de lo que llevamos dicho, consta indiscutiblemente que la cosmogonía establecida primero por KANT no significa ninguna mengua del argumento teleológico, ni en sí misma, ni en el sentido de su autor. Al contrario, que es muy apropiada para darnos una idea esencialmente correcta de la relación de Dios con el origen del mundo.

686. En el año 1796 LAPLACE estableció, en efecto, una cosmogonía semejante á la que se debió al ingenio de KANT cincuenta años antes, siendo de notar que la comienza con la misma reflexión que el pensador regiomontano, de modo que parecen ambos haberla tomado de NEWTON.

Lejos de estar acabada ni redondeada, la teoría de KANT no contenía nada á propósito para indicarnos cómo hubiésemos de imaginarnos las relaciones mecánicas de la niebla primordial, para saber cuál fuese el estado de movimiento en que se hallaba en un momento dado, pues no habla sino, en general, de fuerzas de atracción y declinaciones laterales producidas por fuerzas de repulsión, con lo cual deberían originarse diversos globos. No sería, pues, muy difícil adelantarse al sabio de Koenigsberg. Mas LAPLACE no ha avanzado un solo paso más allá de esto en cuanto al interés filosófico que encerraba la cuestión. Al contrario, las disquisiciones de KANT fueron más profundas y amplias⁴. Recogiendo una idea de BUFFÓN, el astrónomo francés se puso á calcular con más exactitud, que eran como de cuatro billones á uno la posibilidad con la cual la homogeneidad reinante en todos los movimientos del sistema solar debe reducirse á una causa común y la posibilidad de un mero acaso. Por lo demás, la exposición del francés se aventaja á la de KANT, á lo sumo, por su forma más elegante, y en algún lugar que otro por la mayor exactitud astronómica⁵, á pesar de lo cual LAPLACE ha tenido la honra de ver puesto su nombre solo á la teoría durante muchos años, confirmando así el dicho de HAGEDORN: “El talento y la suerte del maestro se reducen al arte de exponer.”

⁴ Para convencerse de esto consúltese á ZOELLNER, *Sobre la naturaleza de los cometas*, segunda edición, pág. 463 y siguientes.

⁵ El benemérito catedrático PFAFF llama la atención sobre las diferencias que se observan entre la teoría de LAPLACE y la de KANT: «Conforme á Kant, el Sol es lo que existe primero y se va agrandando más y más; según Laplace, no es más que el resto de un globo de nieblas que no cesa de dividirse en partes. Según Kant, los planetas se originan *más tarde* que el Sol; según Laplace, *antes* que éste. Kant afirma que cada planeta recibe sus movimientos de rotación de las partículas de materia que se oponen á su caída hacia el Sol; Laplace le reduce á la rotación regular y común de todas las moléculas de nuestros sistemas solares.» PFAFF añade que, por más que sea justo reconocer la sagacidad de KANT y la fuerza divinatoria de tan insigne ingenio, no es posible desconocer, por otra parte, que «casi siempre que KANT desciende á los pormenores mecánicos de la evolución de los cuerpos celestes, su exposición dice mal con las leyes de la Mecánica, y aun las contradice en más de uno de sus asertos respectivos.» (*La evolución del mundo*, Heidelberg, 1873, pág. 159.)

Y toda vez que, según KANT mismo dice en algún lugar, el ingenio de los alemanes reside en la raíz, el de los italianos en la copa, el de los franceses en la flor, el de los ingleses en el fruto, y ya que es la flor lo que más cautiva la vista, durante mucho tiempo no se ha atendido más que á la flor, mientras que en el presente se prefiere la raíz alemana á la flor francesa, hablandose, no ya de la cosmogonía de LAPLACE, sino de la de KANT.

En cuanto á LAPLACE, su ingenio parece haberse condensado en la "flor," hasta el punto de secarse la "raíz.". Cuentan de él que, censurado por NAPOLEÓN á causa de no hallarse el nombre de Dios en toda su *Exposition du système du monde*, respondió al Emperador: "*Sire, je n'avais besoin de cette hypothèse.*". Ciertamente, la frase no tiene por necesidad el sentido ateísta en el cual suele interpretársela (núm. 657); sin embargo, indica que el sabio, que no había dejado nunca de respirar la atmósfera de la revolución, estaba inficionado de esa ligereza moderna que cuida poco de la última causa de todas las cosas, por estarse enredada en las impresiones de la sensibilidad. La "Ciencia sin Dios," al uso, se recluta ante todo entre aquellos sabios que consagran la actividad suprema de su vida y toda la de su ingenio á investigar el vínculo necesario de algunos fenómenos determinados.

Cuando LAPLACE yacía enfermo, contestó á los amigos que le rodeaban conversando sobre su gran descubrimiento: "*Ce que nous connaissons est peu de chose, mais ce que nous ignorons est immense.*". Bien entendida esta frase, vale sin duda por lo que se la hace pasar, á saber: por digna de un gran hombre; mas en la boca de LAPLACE tiene, por desgracia, un resabio empirista que no nos permite aplaudirla sin mezcla de sentimiento. Que todo el maravilloso orden del mundo de estrellas debe proceder en último término de Dios, el Señor, es cosa que el célebre astrónomo podía saber y debía confesar.

Dejémosnos ahora de LAPLACE, quien nos ha detenido algún tiempo, porque representa la numerosa clase de empiristas que hacen del que no sabe respecto del argumento teológico, ó que á ejemplo de DU BOIS-REYMOND, se envuelven en los amplios pliegues de la bata de dormir de su famoso *Ignorabimus*. Nosotros no tenemos que replicarles al fin sino diciéndoles: "Servios emplear siquiera una onza de ese entendimiento que empleáis á quintales cuando se trata de satisfacer vuestros antojos egoístas. ¿Acaso creéis que el Sol deje de brillar en el cielo porque vosotros bajáis los ojos á la tierra pretendiendo que no lo podéis ver? No es nueva esa laya de modestia. De ella ha sido escrito en tiempo antiquísimo este juicio: "Ocupándose en las obras de Dios é investigándolas, se preñan de lo que ven porque les agrada; pero ni aun ellos hallan

disculpa; porque, si pudieron llegar á tal inteligencia para investigar el mundo, ¿cómo no han hallado aún más fácilmente al Señor del mundo?," (Sabid., XIII, 7.)

En cuanto á LAPLACE, no tenemos que saber sino que, acerca de aquella causa una y común que puso en tan maravilloso movimiento al globo cósmico de niebla, no presentó conclusión alguna.

687. Cuando pasemos revista á todos los adversarios científicos del teísmo cristiano, hallaremos que todos ellos entran en una de las dos categorías del monismo y empirismo, ó sea en las dos categorías que han sido eliminadas por nuestras consideraciones anteriores. Sin embargo, porque no se nos tilde de incompletos, vamos á mencionar *otras cuatro evasivas*, con las que algunos sabios modernos creen poder eludir el recurso supremo á Dios en el origen del mundo.

Consiste la *primera* de ellas en el aserto de que hay otro modo de explicar el orden que se originó en el globo de niebla. KANT había ya hecho traslucir la idea de que aquella mole nebulosa constaba de los escombros de un mundo destruído, idea que no puede rechazarse desde luego por absurda absolutamente, puesto que KANT no por eso deja de presuponer á Dios, causa primordial y extramundana del mundo. Pero no debemos juzgar así de la misma idea, tal como ha sido propuesta por nuestros modernos ateístas, que se la han apropiado con singular fruición. Dice, por ejemplo, F. A. LANGE: "El estado inicial establecido por Kant y Laplace no es tal sino relativamente, pues presupone la ruina de mundos anteriores y se repetirá infinitas veces, puesto que no tenemos razón alguna para dudar de la infinidad del espacio ni de la materia ¹". Mas si tenemos presente que todo eso, según la doctrina del kantiano LANGE, es una necesidad lógica destituida de toda razón y enteramente subjetiva, procedente de una organización determinada de su cerebro, no hay para que rompamos una lanza con él. D. F. STRAUSS ha incorporado esa misma doctrina á su *Nueva fe*, y de día en día va aumentando la multitud de los ilustrados que aceptan crédulos esa definición ateísta. STRAUSS sabe que "el universo es materia movida hasta lo infinito, la cual, á fuerza de disgregarse y combinarse, alcanza siempre más altas formas y funciones, describiendo un eterno círculo, formándose, reformándose y renovándose," ². Tenemos pues, según estos señores, que todo el sistema de nuestro mundo se ha originado por la condensación de un globo de niebla, y que volverá á evaporar se algún día y formar una niebla suave, la cual á su vez no tardará

¹ *Historia del materialismo*, tomo II, pág. 522.

² *La antigua y la nueva fe*, pág. 225.

en condensarse constituyendo un nuevo sistema de estrellas. "Pasando por la concentración de nieblas á montones de astros, y por evaporación de montones de astros á nieblas..., así es como el gran Pan aspira y respira. No es posible que se establezca jamás un estado final de las cosas ¹."

Si la investigación científico-natural pretendiese llegar á afirmaciones absolutamente positivas, es claro que se saldría de su competencia. Por lo pronto, no se puede tratar sino de la posibilidad, ó, mejor dicho, de una probabilidad hipotética fundada en la analogía. Y aunque aquella niebla cósmica primordial fuese el "producto, de un mundo de astros anterior al actual, ¿qué sucedería? Que volvería á encenderse la famosa controversia acerca de la prioridad de la gallina ó del huevo, ó bien acerca de la del sistema del mundo ó de su "embrión", la niebla primordial, siendo de prever que ésta saldría triunfante.

Y si desde un punto de vista puramente científico nos viéramos precisados á suponer una existencia del mundo desde la eternidad como postulado del actual estado de desarrollo del mundo (aunque físicos eminentes, como WILLIAM THOMSON, CLAUSIUS y otros, sostienen la necesidad de un origen temporal del mundo precisamente desde el punto de vista físico), solamente volveríamos á vernos colocados en el que ocupaban SANTO TOMÁS DE AQUINO y otros sabios insignes de la Iglesia católica, los cuales no sostienen que el mundo fué creado en el tiempo sino porque así consta según el testimonio de la revelación divina, pareciéndoles que un mundo creado por Dios desde la eternidad no encerraba contradicción ninguna, puesto que, con todo, seguiría inconcuso y aun totalmente intacto el postulado de una causa final, y, por tanto, la verdad de la existencia de Dios.

Por lo demás, no dejemos de añadir que nada nos precisa á aceptar sin más examen la posibilidad de que el mundo se mueva en círculo eterno. "Los *circulistas* no tienen base física en que fundar su teoría", dice EPPING², y prosigue: "Aunque un cúmulo de astros se haya formado de una niebla, y aunque la gravedad llegara á realizar la reunión definitiva de todas las cosas, no es posible que, sin auxilio de fuerzas extrañas al sistema, se formase una niebla equivalente á la primera, ó sea que poseyera igual cantidad de energía"³, lo cual se requiere incondicionalmente para que el movimiento vuelva á iniciarse.

¹ DU PÉRIER, *La lucha por la existencia en el firmamento. Ensayo de una filosofía de la Astronomía*, segunda edición, Berlín, 1876, pág. 102.

² En su excelente libro *El círculo del Cosmos*, Friburgo, 1882.

³ *Loc. cit.*, pág. 83.

688. Otra evasiva emplean los que acuden á la teoría mecánica del calor y á otras parecidas, de las que, según dicen, resulta que en el mundo todo es movimiento, que no necesita de más explicación. En el tiempo actual place á la "alta, Ciencia abusar de las más diversas formas de las teorías físicas indicadas para alucinar á la turbaulta de los ilustrados. Sin embargo, hay una circunstancia que debería advertir á los adversarios que semejante hipótesis no implica el ateísmo con necesidad; y es que no solamente hombres como FELIPE SPILLER en Berlín¹, sino también cristianos creyentes y astrónomos de primera categoría, como SECCHI, intentan reducir todas las fuerzas naturales al movimiento. Si bien concedemos que el movimiento expresa el *modo de ejecución* de todos los fenómenos observados en los cuerpos, y, por tanto, que todo fenómeno físico y químico se efectúa en el mundo con cambio de lugar, ó bien bajo diversas formas de movimiento, ¿no hay fuera del movimiento un motor y una cosa movida? ¿No hay en el movimiento una determinación rigurosamente medida, una ley, un orden? ¿Por ventura se ordenó por virtud propia el movimiento desordenado para constituir este enorme cosmos? A la verdad, solamente la más superficial superficialidad puede afirmar que el movimiento basta para explicar el orden del mundo. También en el reloj hay movimiento; ¿pero está explicada la obra del reloj con decir que consiste en ruedecitas en movimiento? Antes, pudiera decirse que en esa concepción ultramecanista, que no repara en la naturaleza peculiar á las cosas del mundo, sino toma en cuenta solamente el movimiento pasivo, resalta aún *con más enérgico relieve* la necesidad de una inteligencia extramundana como único principio motor del mundo.

689. Mas aquí surge otra clase de tentativas con las que la moderna "ciencia sin Dios, busca la solución del gran problema del mundo, invocando bajo una ú otra forma las fuerzas residentes en la materia. Aseveran, por ejemplo, que un impulso excéntrico, originado por la fuerza de atracción, quizá un encuentro transversal de las nieblas, inició la rotación de los diferentes sistemas². Hay quien recuerda la propensión á la inercia de la materia, la cual ha de bastar para producir los efectos más asombrosos. El conocido autor CARLOS DU PREL habla de procesos de eliminación, que dice haber tenido lugar por vía puramente mecánica respecto de planetas que fueron de nuestro sistema solar, que sería el modo mejor, 1.º de explicar la sabia distribución

¹ *El origen del mundo y la unidad de las fuerzas naturales*, Berlín, 1872.

² Así lo dice JACOBO ENNIS en el *Philosophical Magazine*, vol. III, núm. 18, Abril, 1877. Véase la revista *Kosmos*, cuaderno IV, Julio 1877, pág. 349.

de las moles de nuestros planetas y lunas; 2.º de introducir los cometas y meteoritos en la hipótesis nebular, y 3.º de comprender por qué, á pesar de las vastas dimensiones del globo solar primitivo, no hallamos más de ocho planetas¹.

Mientras no se *pretenda* explicar con esos y parecidos pensamientos más de lo que se *puede* explicar, á saber, el modo mecánico de originarse el orden actual del mundo, y no se pase á negar que la acción de las fuerzas mecánicas estriba en un conjunto complicado de determinadas disposiciones, no hay razón por qué escatimemos nuestros aplausos á tan laboriosa investigación. En este sentido, no son siquiera recientes semejantes ideas². Mas el citado autor concibe las fuerzas puramente mecánicas como una "lucha por la existencia", tratando de que con auxilio de esta famosa frase se explique por sí sola toda la construcción del mundo. "Con tal que completemos á Kant y Laplace por Darwin, no necesitamos ya de Dios para nada... No sería, pues, el orden cósmico más que un efecto de la eliminación, de la selección indirecta, de la *supervivencia* de lo más apto. Du PREL procura ilustrar su pensamiento valiéndose de un símil que por lo raro merece ser reproducido.

"Pongamos el caso, dice, que un hombre, desconocedor por completo del arte de Terpsicore, haya distribuido sin orden alguno gran número de bailarinas por un plano extenso, mandando á cada una describir bailando otra figura que la de las demás, sin intentar establecer ninguna armonía en la danza, ni cuidar para nada de las colisiones resultantes de las figuras entrelazadas que describiesen las bailarinas. Al comenzar la danza general, sería natural que, supuesta la prohibición de darse lugar una á la otra, ocurriesen muchas colisiones. Pero suponiendo que se hubiera mandado á las bailarinas, que las colidentes continuasen unidas sus movimientos desde el punto de colisión, bien pronto quedarían eliminadas todas las figuras contrarias al ritmo del baile, restando so-

¹ Revista *Kosmos*, cuaderno III, Junio 1877.

² KANT advirtió ya tocante á la propensión al equilibrio: «Ciertamente, hay determinadas reglas generales á las que se conforman los efectos de la naturaleza, y que pueden esclarecer algún tanto la relación de las leyes mecánicas al orden y á la armonía, de las cuales una es ésta: las fuerzas del movimiento y de la resistencia activa una sobre otra hasta oponerse el menor obstáculo posible. Fácil es comprender las razones de esta ley: más admirablemente prolija y grande es la relación que los efectos de esta ley tienen á la regularidad y utilidad. La epiclóide, curva algebraica, es de naturaleza tal, que ruedas y dientes acomodados á ella sufren entre sí el menor rozamiento posible. El célebre estadístico KANTZ ha mencionado en algún lugar que un peñón de minas muy expuesto le enseñó, en máquinas que habían estado en uso durante mucho tiempo, que esa figura resulta, efectivamente, al fin por la larga duración del movimiento figura que estriba en una construcción asaz complicada, y es con toda su regularidad efecto de una ley común de la naturaleza.» (Tomo I, pág. 244.) Hechos de la índole de los alegados por KANT no suponen ni más ni menos sino que impera en el mundo una tendencia final realizada por los procesos mecánicos.

lamente algunos grupos de bailarinas. Si llegase luego un espectador que desconociese el proceso antecedente, no podría menos de tomar, al aspecto de tan armoniosa danza, á aquel hombre por un maestro de baile de los más expertos, y de dispensarle grandes elogios por la artística disposición del baile. "Parece-me, dice Du PREL, que nosotros los hombres somos comparables, en cuanto á la danza de los astros, á aquel espectador que vino tarde al baile."

Es evidente á poco que se mire, que este símil, cojo de ambos pies, con el cual se pretende "reducir al efecto de leyes naturales el resultado teleológico del proceso genético", está calculado únicamente sobre fantasías. Dejando aparte los demás absurdos que encierra por menos importantes, es un aserto destituido de todo fundamento el que en el caso propuesto saldrían de los factores dados grupos *ordenados* de bailarinas sin ninguna cooperación consciente por parte de éstas, que es lo que se trata de saber ante todo. ¿No sería más bien el resultado el que todas corrieran revueltas de un lado á otro, ó se reunirían en un solo ovillo? Concédase, pues, en hora buena, que gracias á un proceso puramente mecánico el caos que giraba alrededor de su eje, se resuelve en sistemas de estrellas, en los cuales aquellos billones de gotas cósmicas llamadas astros circulan con la más admirable armonía; concédase además que, gracias á un proceso puramente mecánico, todos los elementos vinieran á juntarse en el éter, en la atmósfera terrestre y en la costra de los continentes, precisamente de la manera necesaria para originar, mediante la adición de numerosos acontecimientos y en larguísimo períodos, precisamente el estado único conveniente á la existencia de seres orgánicos, y del hombre en particular; mas ¿quién negará, á vista de tan grandioso drama, que las gigantescas fuerzas mecánicas que en él actúan entrelazándose por mil millones de suertes diversas, están trabajando en la ejecución de una *idea*, de un *pensamiento*? Pues qué, ¿no son las leyes efectivamente vigentes en el mundo un caso especial entre una infinidad de otros casos igualmente posibles? ¿Cuál fué la causa que puso en vigor estas leyes antes que otras algunas? ¿Quién ha prescrito á las diferentes fuerzas la acción precisamente necesaria para desarrollar de la niebla primordial informe la forma perfecta de la tierra que habitamos?

690. Consideraciones de esta índole fueron por las que los pensadores de los tiempos antiguos se creyeron irracionalmente compelidos á admitir un *ser primordial inteligente*. Sin embargo, la ciencia atea se agarra desesperada á la más débil tabla. FEDERICO SCHULZE dice que, si bien hay en el mundo "algunas cosas, convenientemente dispuestas, y "algunos seres, (á saber, los

hombres) disponen sus asuntos de manera conducente mediante la reflexión, no se sigue todavía de ahí que todo el universo esté convenientemente dispuesto¹. "El hombrecillo — así somos enseñados por dicho señor — ordena sus mezquinos asuntos con un poquito de reflexión; mas ni el hombrecillo, ni sus asuntos, ni su poquita de reflexión se hallan, por la cantidad ni por la calidad, en ninguna proporción al infinito universo, á sus incommensurables procesos, que se burlan de nuestra pequeñez y mezquindad. Muy bien, Sr. SCHULZE. Por ser así, como usted dice, nosotros pedimos, para explicar esos incommensurables procesos, no un poquito de reflexión, sino una inteligencia que algún día se burlará de la presumida inteligencia de los más avanzados hombrecillos ateístas. "Deus irridebit eos., dice un libro antiguo. Mas ¿no sacamos ahí una conclusión universal de premisas particulares? Esto nos replicaría únicamente el que careciese de la primera premisa de todo discurso racional: la sana lógica. En el hombre se nos presenta con la mayor claridad la índole particular de la tendencia final. En él vemos que la tendencia final, no por su pequeñez, sino por su naturaleza y esencia, presupone necesariamente un ser capaz de escoger los medios á propósito para un fin y de ordenarlos al fin elegido, ó sea un ser que debemos llamar inteligente.

Pero aun entonces, opina el autor citado, no hay ninguna necesidad de ir á buscar esa inteligencia fuera de la materia. "Una materia universal inanimada no puede pensar, ciertamente; pero no conocemos más que materia viviente.," Del mismo modo DU PREL prefiere, á pesar de cuanto nos enseña la experiencia, dotar á todos los últimos componentes de la materia de cualidades psíquicas á reconocer un autor supramundano del mundo². DAVID FEDERICO STRAUSS levanta protesta contra la explicación exclusivamente mecanista del mundo, pidiendo que el mundo sea considerado por lo menos como "obrador de lo racional y bueno.," "No creemos ya que el mundo haya sido ideado por una una razón suprema, sino que está ordenado según la razón suprema³.," Lástima grande que esta bella frase oculte un espantoso absurdo.

691. Hemos, pues, llegado ya al cuarto de los subterfugios con los cuales se procura eludir á Dios, y es la espiritualización del mundo. Encontráramosla mencionada también en la obra de STRAUSS, quien acerca de ella dice: "La naturaleza misma nos enseña que es errónea la suposición de que solamente la inteligencia consciente puede producir cosas conducentes. Kant ha recor-

¹ *Filosofía de las ciencias naturales*, tomo I, pág. 74.

² *Loc. cit.*, pág. 337.

³ *La antigua y la nueva fe*, pág. 743.

dado ya el instinto de arte de algunos animales, y Schopenhauer observa, con razón, que el *instinto de los animales* en general es el mejor comentario de la teleología en la naturaleza. Pues así como el instinto es un modo de obrar que parece ajustarse á un fin preconcebido, y con todo se efectúa sin semejante cosa, así sucede también en las producciones de la naturaleza¹.

STRAUSS tomó el partido de las "fuerzas ciegas de la naturaleza.," Mas apelando al instinto de los animales, su filosofía, abogada de la sensualidad sin freno, pónese en contacto con la filosofía humorística-ahorcadora de HARTMANN, mostrando así que la liga una afinidad intrínseca con todos esos "grandes pensadores de la era moderna.," que de buena gana conceden á la razón primera de todas las cosas cuantas potencias psíquicas es dable imaginar, imaginativa, memoria, voluntad y representación, con tal que no se la presente como una inteligencia dotada de perfecta conciencia de sí misma, y que algún día pueda pedirles cuenta severa de su vida. Esos sabios están penetrados de la magnificencia y unidad del orden del mundo. EDUARDO DE HARTMANN, por ejemplo, nos pinta un cuadro muy lindo de las conquistas de la investigación novísima á fin de desfigurarlo después con la efigie de su Inconsciente. "Que todo el movimiento del mundo no es más que un solo grandioso proceso de evolución, resulta con claridad cada vez más distinta de las investigaciones de las modernas ciencias positivas. La Astronomía no circunscribe ya sus trabajos al génesis del sistema planetario, sino que, con los auxilios que le suministra el análisis espectral, penetra en regiones más lejanas del cosmos para concebir, mediante la comparación, los estados actuales de soles y manchas nebulosas remotas como estadios diferentes de un proceso de evolución.,"

Recuerda cómo "la fotometría y el análisis espectral unidos procuran averiguar, mediante el método comparativo, la continuación de aquel proceso en la historia del desarrollo de los diferentes planetas, y cómo la Química y Mineralogía se juntan para determinar con más y más exactitud la fase de desarrollo á que había llegado nuestro planeta antes de entrar en aquel período de refrigeración cuyo paulatino progreso hasta el tiempo presente nos refieren los monumentos de piedra de la Geología en escritura jeroglífica cada vez más descifrada.," Luego ensalza los resultados de la Biología y Arqueología, la historia comparativa de las lenguas, de la Antropología é Historia. Por fin concluye así: "Los fragmentos que las leyes especiales ofrecen, deben ser reunidos por la Filosofía en una mirada comprensiva, y reconocidas como

¹ *La antigua y la nueva fe*, pág. 257.

documentos del desarrollo de la totalidad del mundo, desarrollo providencialmente encaminado a un fin saludable (?) y conforme a un plan inalterable por la *sabiduría infinita de lo inconsciente*.¹ ¿A quién no le ocurre al leer esta magnífica conclusión la palabra ya alegada una vez: "Si pudieron llegar a tal inteligencia para investigar el mundo, ¿cómo es que no han encontrado aún más fácilmente al Señor del mundo?". Mas según esa filosofía el mundo es su propio dueño, dueño sin conocimiento de sí mismo, dueño sin razón, que aspira á fines del mismo modo que la bestia irracional movida por el instinto ó la planta que se desarrolla sin conciencia alguna; y ¡hé aquí la más profunda solución del gran problema del mundo!

Mofándose de lo inconsciente, STRAUSS no advierte siquiera que condena, junto con él, su propia "fuerza natural instintiva y ciega". Con gran acierto observa en contra de HARTMANN, que éste debe atribuir necesariamente inteligencia y conocimiento de sí propia á la razón primordial del mundo, según su modo de explicarlo. "Lo Inconsciente emprende su obra de la misma manera que en otro tiempo el Absoluto consciente y personal; traza un plan y elige los medios más apropiados; no hay nada variado sino el término, atribuyéndose á un ente inconsciente operaciones y procedimientos únicamente predicables de uno consciente". Tiene razón, en efecto. Porque toda aspiración á un fin presupone una facultad cognoscitiva capaz de concebir en su universalidad el principio de causalidad, y de aplicarlo á casos concretos, y que elige y se propone uno determinado entre varios fines posibles, y escoge el más á propósito entre varios medios posibles, precediendo á la representación de toda cosa singular y concreta, y siendo, por tanto, independiente de la misma. Para afirmar, empero, que semejante ser, dotado de inteligencia, no puede conocerse á sí propio, ni posee, de consiguiente, conciencia de sí mismo, se requiere ó una voluntad que hace un juego liviano de la verdad, ó una perturbación completa de todas las facultades del entendimiento.

Mas ¿no vemos en el instinto animal y en el desarrollo inconsciente de los organismos, que es posible la aspiración á fines sin inteligencia ni conocimiento de sí propio? Pues ahí tendríamos que probar precisamente que esos fenómenos no presuponen ninguna inteligencia consciente. Es verdad que las cosas del mundo no las poseen. Sin *saber* nada de la necesidad de las hojas, las plantas echan yemas y labran millones de células. Sin saber para qué, la sangre que necesita oxígeno, obra sobre algún centro automático de la *medulla oblongata*, á fin de producir, mediante la excitación

¹ La antigua y la nueva Jc, pág. 27.

de los nervios del diafragma, los movimientos respiratorios de los músculos del pecho. La araña hace su red aun antes de saber por la experiencia que hay moscas ni mosquitos. Ignorando por completo el fin de lo que hacen, ciertos insectos llevan el polen fecundante á los estigmas de los pistilos, y el hurón se provee de víveres ya para el primer invierno de su vida. Sin embargo, alguien debe de haber elegido estos medios determinados de la multitud infinita de los medios posibles, y dotado del instinto correspondiente á los diferentes seres. ¿Dónde está esta inteligencia una y que lo abarca todo?

693. ¿No revela el "espíritu universal", replicasenos, produciendo tan magníficas flores en el hombre consciente, que *él mismo* posee inteligencia y conciencia abundantes? "Pues vemos, opina FEDERICO SCHULZE, cómo la materia viviente del mundo se eleva en el cerebro á la categoría de substancia pensadora, cómo esta substancia cerebral reflexiona y ordena, nada se opone á que se considere al mundo mismo, á pesar de su materialidad, como el ser pensador y ordenador sabio."

No hay por qué negar que este universo visible puede gloriarse de poseer en todo hombre una potencia intelectual de las más poderosas:

Denn unfühlend
Ist die Natur;
Nur allein der Mensch
Vermag das Unmögliche:
Er unterscheidet, wählet und richtet;
Er kann dem Augenblick
Dauer verleihen!

Si nos precavemos de ser parciales, ¿no debemos confesar que esa flor suprema de la naturaleza, mirada á la luz de la verdad, es al mismo tiempo una imagen de la flaqueza más miserable? Reflexábase un pedacito del mundo y del orden del mundo en la inteligencia del hombre, lo bastante para llegar con el conocimiento á la fuente primordial de todas las cosas. Pero reunid todos los millares de millones de hombres que pueblan el orbe: ¿son capaces de practicar la más insignificante modificación en alguna ley de la naturaleza? ¿No tiene el espíritu humano que sorprender, á costa de mil fatigas, los secretos de su acción á la naturaleza, y someterse hasta á sus más mezquinos detalles, á fin de utilizarla en cierta extensión para sus propios fines? ¿No depende el hombre con todas las fibras de su ser de esa naturaleza por cuyo autor él mis-

¹ "Insensible es la naturaleza; el hombre sólo puede lo imposible, distinguiendo, eligiendo y juzgando; él sólo da duración al momento."

no quisiera proclamarse? El hombre, que se recibe á sí mismo hecho con todas sus potencias, que no se hace á sí mismo; que se encuentra en un lugar reducidísimo y en un espacio de tiempo harto breve, como pequeñísima ruedecita en esta gran máquina del mundo, de suerte que no puede alterar nada en ella; que únicamente puede levantar un poco de polvo donde su planta pisa este globo; que entra en su frágil existencia más desvalido que el pajarito más torpe, para atravesarlo entre miserias, afanes y pesares sin cuento, ¿ha de ser él aquel espíritu universal que es señor y dueño del mundo, ó bien el mundo mismo? Mas nos replican que los hombres y demás seres no son más que manifestaciones del Todo-Uno. ¡Ay del miserable Todo-Uno, cuyas manifestaciones no son más lucidas que éstas! ¿No basta echar una mirada á la realidad para arrojar al espíritu humano que rehuye la verdad, aun de éste su último escondrijo, el panteísmo?

LIEBMANN, que dice todo el mal que puede del Cristianismo, y que por tanto no es ciertamente "sospechoso", apostrofa desde su posición de empirista escéptico á los panteístas en estos términos: "¡La madre de todo, Iside, la divinidad immanente-una, madrastra sin entrañas! ¡Μήτις δὲ πατήρ! No arroja solamente, como la madre de los gorriones, del nido á millones de sus hijos; ¡los despedaza y devora! ¿Qué necesidad hay de que centenares de mosquitos vengán á morir en la llama de la lámpara sobre esta mesa de jardín? ¡Recordad á WERTHER y tratad de resolver su problema antes de aclamar y vitorear al Θεός immanente! ¿O es que vuestro dios pagano se distingue poco del Satanás cristiano?— ¡Aquí, aquí se oculta la verdadera, la amarga antinomia! Divinidad, alma del mundo, *natura naturans*,—si es cosa concebible, debe ser concebida como infalible, como único poder infalible. ¡Y no lo es, no! No lo es para nuestro entendimiento ni para nuestro corazón; ¡resuelva quien pueda tal enigma!".

LIEBMANN hubiera podido alegar otras numerosas razones para mostrar que el panteísmo, hijo mimado de los más ilustres pensadores de la civilización germánica, hijo dado á luz por el odio á Dios, violentando de la manera más loca á la verdad, ha sido un feto. Entretanto, no estamos tan desprovistos de luz como se imagina el citado sabio. Tiempo ha el cielo ha tenido misericordia de nuestra ignorancia, ayudando á la débil luz de la razón á distinguir la verdad. Mas parecidos á aquellos judíos á quienes habló San Esteban, esos hombres de la ciencia se tapan los oídos.

Hemos terminado nuestra revista. Después de habernos pe-

netrado de la férrea solidez de las razones que señalan á Dios como al autor supramundano del orden del mundo, dirigimos nuestra mirada al desarrollo de la investigación científica en cuanto toca á nuestra cuestión, nos enteramos de todas las proposiciones de una ciencia que quisiera explicar el orden del mundo sin auxilio de Dios, y reconocemos cuán flaca y caduca es esa "Ciencia sin Dios"; nos persuadimos á que todos los que se niegan á referir el orden del mundo, de acuerdo con la Revelación cristiana, á un ser existente fuera y por encima del mundo, son empujados con irresistible necesidad hacia el absurdo del panteísmo, como no prefieran renunciar brutalmente á todo discurso racional. ¡O una forma cualquiera de panteísmo, ó el teísmo cristiano!

Conforme á la concepción del mundo establecida por el Cristianismo, tenemos un dualismo: primero Dios, ser infinitamente perfecto, quien revela su perfección en determinada medida, y permite el mal porque sabe sacar resultados buenos aun del mal; y segundo, el mundo, que ostenta una armonía maravillosa que no le exime del todo de limitaciones y males. Todo está explicado aquí. Mas quien identifica á Dios con el mundo, no puede explicar nada: ni el *orden del mundo*, ni los *males* á éste anejos.

694. Ahora ya no debemos difierir el determinar nuestra actitud respecto de la cuestión del valor que hayamos de atribuir desde el punto de vista científico á la moderna Cosmogonía y Geología, de las cuales hemos hecho mención en las consideraciones antecedentes. Que el grandioso desarrollo mecánico, cuyo resultado es nuestro universo, debe presuponer sin disputa una disposición conducente de la materia, no lo hemos de exponer otra vez después de lo que en otro lugar llevamos dicho acerca del particular. "Ni la teoría de Laplace ni la de Kant nos hace posible, nota el cateórico PFAFF, figurarnos cómo por vía puramente mecánica se pudo formar siquiera nuestro sistema solar de la materia gaseiforme abandonada á sí misma. Por la vía física podemos *reducir* las cosas al estado primordial supuesto de nuestro sistema solar; pero con la física y mecánica solar no salimos de él, sucediendo en este caso lo mismo que en otros tantos: sabemos disolver con medios químicos y físicos lo compuesto de partes y miembros y volver á hacer lo homogéneo y simple, pero no conocemos el medio contrario de hacer un compuesto de lo simple". PFAFF es de opinión que la teoría de KANT-LAPLACE disminuye aún la probabilidad de que "esta disposición de los planetas sea puramente casual, toda vez que entre los millares de millones de los modos posibles de distribuirlos alrededor del Sol, solamente este único que encontramos

¹ "El desarrollo del mundo" (*Die Entwicklung der Welt*), pág. 161.

en la realidad, asegura la duración del sistema entero.. Igualmente hay que conceder, dice, con respecto á todo el sistema de estrellas fijas, "que si no *presuponemos* desde el principio movimientos *determinados* en esta mole sin poder indicar la razón física que los haga necesarios, serán inexplicables y enigmáticos los movimientos actuales y la existencia actual del mundo ¹..

Asentimos á estas palabras en cuanto el insigne sabio á quien citamos, limita el complemento absolutamente necesario del proceso mecánico á una disposición primordial conducente de la materia, supuesta la cual creemos que es posible salir, aun "por vía puramente física,, del supuesto estado primero del universo ².

Sin embargo, no es nuestro ánimo afirmar que ya conozcamos esta vía física. Aun no ha cerrado la Ciencia las actas relativas á la exactitud de todas las tesis y concepciones de las teorías hasta hoy construidas, y en particular aún está pendiente el litigio acerca de la teoría de KANT-LAPLACE. Hasta la fecha de hoy aún no se ha acertado á desvanecer todas las dudas que se oponen al reconocimiento definitivo de esta teoría. No quedan orilladas todas las dificultades aun cuando se atribuya con EPPING más importancia para el desarrollo del universo á la gravedad que á la rotación, según es uso ³. EPPING mismo lo confiesa diciendo: "Podemos considerar la hipótesis como bien fundada y reconocerle simplemente el predicado de verosímil. Mas no debemos reconocerla como teoría absolutamente fija, ni menos como un hecho que conste en certeza, pues que cuanto á fijeza carece aún del sostén matemático necesario, y para tener certeza le falta toda base positiva ⁴.. Podemos dejar la cuestión tal como está, esperando á que los progresos ulteriores de las ciencias naturales nos ofrezcan los detalles de la evolución del universo. Entretanto no existe inconveniente alguno en reconocer la exactitud del criterio general por el que KANT y LAPLACE se han hecho guiar al establecer sus teorías. Aún decimos más: los pensadores de los tiempos han reconocido como plausible este criterio tan explícitamente como puede desearse.

¹ *Loc. cit.*, pág. 187.

² Véanse *Les Institutions philosophiques nat.* del autor, núm. 529 y siguientes.

³ "La gravedad fue el agente principal: la rotación primitiva fue, sin duda, una condición indispensable, pero nada más que una condición. Esta es la nueva palanca con la cual hemos sacado á luz y esclarecido los extremos todavía oscuros de la hipótesis nebulosa." *El círculo del Cosmos (Der Kreislauf im Kosmos)*, pág. 49.

⁴ *Loc. cit.*, pág. 50. En cuanto al debatido experimento que hizo PLATEAU con el globo de aceite rotante, del cual se desprenden anillos de aceite, PLATEAU mismo observa que "es inadmisibile toda consecuencia sacada de este experimento á favor de ninguna hipótesis cosmogónica." (*Annales de Poggendorff*, citados por EPPING, pág. 15).

Hay dos puntos fijos en este criterio, y son la idea de la evolución y el postulado de la naturalidad.

En cuanto al pensamiento de la evolución, los peripatéticos no solamente lo han expresado, sino que veían en la evolución efectuada una manifestación de la Sabiduría divina. "Lo perfecto, enseña SANTO TOMÁS, presupone en todas partes lo imperfecto, que es la razón por la cual el desarrollo del mundo debió principiar desde la fase más imperfecta ¹. Partiendo de la idea de que lo más imperfecto y simple en la creación debe haber sido lo primero, trataron de reducir todo lo criado á los llamados *quatuor coeava* ². Según la doctrina aristotélica debemos creer que en el principio de la evolución de este mundo material no existían más que los elementos simples, el hidrógeno, el oxígeno, el carbono, etc. ³ Hasta nos parece que algunos peripatéticos han llevado muy lejos la idea evolucionista creyendo que los elementos son productos de una antigua materia común, imperfecta según su propia naturaleza ⁴. Sin embargo, aun respecto de este particular la ciencia no ha pronunciado su fallo definitivo.

Relacionase con la tesis de la evolución la idea ulterior de que es menester explicar por modo enteramente natural la evolución del mundo, excluyendo de ella toda intervención milagrosa de parte de Dios. No es ésta otra que la doctrina misma de la escuela peripatética. SANTO TOMÁS repite y expresa de varias maneras la idea de que para explicar el modo de desarrollarse el mundo no se necesita de milagros; antes es de suponer que todo ha sucedido del modo más natural, por lo cual sería inoportuno apelar á la omnipotencia divina para esclarecer hechos efectivos ⁵.

¹ "In creatione non tantum debet ostendi potentiae virtus, sed etiam sapientiae ordo, ut quae prius natura sunt, prius etiam instituantur." (S. THOM., 2. dist. 12, q. 1. a. 2 ad 4.) "Sicut creatura non habet esse ex se, ita nec perfectionem, et ideo ad utrumque extendendum voluit Deus, ut creatura prius non esset et postmodum esset: et similiter prius esset imperfecta et postmodum perfecta." (*Ibid.*, ad 3.)

² Por los *coeava* entendían los elementos químicamente simples, la quinta esencia (el éter), el tiempo y los espíritus puros. (Véase S. THOM., *loc. cit.*, n. 5.)

³ "Caeli et elementa sunt corpora simplicia per se primo pertinentia ad constitutionem universi; et ideo Deus illa voluit creare prius quam caetera... Prius simplicia corpora quam caetera facta sunt. Accedit quod solis simplicibus corporibus quasi conaturale est, ut per propriam creationem ex nihilo fiant, quia unum per se loquendo non est materia alterius, et ideo quodlibet illorum et omnia simul ex nihilo facta sunt. At vero mixtis conaturale est, fieri ex simplicibus, eorumque mixtionem, et ideo non ita sunt simul cum simplicibus facta." (SÁENZ I. I. *de Op. sex dierum*, cap. X, núm. 8.)

⁴ S. BONAVENTURA entre otros, 2. dist. 12, a. 1, q. 3.

⁵ No hay menester de milagro (S. THOM., *Súm. Theol.*, 1. q. 67, a. 4) quae nunc quaeritur, "Quaest. disp. 9. 4. *de Pot.*, n. 1 ad 3.) in prima rerum institutione non est considerandum, quid Deus possit facere, sed quid natura verum habeat." (S. THOM., *Opusc.* 10, art. 24.) "Sicut se expressit en el mismo sentido: "Credendum non est terram fuisse supernaturaliter elevatam ad efficiendum per modum divini instrumenti, quia haec opera miraculosa et supernaturalia non sunt per se ad primam naturae institutionem accommodata, et ideo sine revelatione fingenda non sunt." (*Quaest.*, 2. *de Op. sex dierum*, cap. VII, n. 8.)

¿Cuál sería, pues, el aspecto que ofreciera el desarrollo del mundo, según la doctrina de los pensadores de la Edad Media, á un espíritu agraciado con la dicha de presenciárselo? Creemos que no sería ningún otro que el descrito, por ejemplo, por LOTZE¹. Habría visto cosas que, sin ser movidas por ningún poder extraño á formarse y combinarse, nacían por sí mismas de las substancias simples, condensándose hasta hacerse visibles después de haber sido invisibles de puro enrarecidas; habría gozado del aspecto de movimientos que, sin ser iniciados por ningún aliento sobrenatural, parecían brotar del interior de los elementos y de sus invisibles acciones reciprocas; habría contemplado formas que parecían originadas del mutuo buscarse y hallarse de los elementos. De ningún otro modo se presenta el proceso de la evolución del mundo á quien se la figura sustentada por la acción creadora de Dios, que á aquel que no ve en ella más que la simple sucesión de diferentes fases de una evolución sujeta únicamente á las leyes naturales. "Si, pues, dice Lotze, partiendo de la experiencia, nos vemos compelidos por la lógica de la ciencia á remontar la continuidad de semejantes evoluciones hasta los últimos principios del mundo, no debemos recelar que sea fuerza adoptar teoría alguna que excluya la dependencia del mundo respecto de Dios... Al contrario, llegamos á la misma concepción final, con la cual el pensamiento de la causalidad divina debe venir á nuestro encuentro desde su principio. "Porque, cuanto más puras y vastas son nuestras ideas relativas á la acción creadora, tanto menos esperamos ver el dedo especial de Dios interviniendo en la acción de las cosas naturales ó acompañando á los fenómenos que originan; antes en la continuidad misma de la acción de las leyes naturales creemos presente su omnipotencia sin ninguna ostentación, pero tan eficaz como siempre."

695. Pues que lo pasado tiene el ministerio de enseñar lo por venir, permítasenos, aun antes de concluir estas reflexiones, echar una mirada al porvenir, añadiendo algunas palabras sobre el fin de nuestro Cosmos. Vamos á proceder por partes para representarnos la eschatología tal como puede concebirse según los principios de la ciencia antigua.

Ante todo, es seguro que vendrá el día en que toda vida orgánica perezca sobre nuestra tierra. De igual modo que toda otra estrella fija, el Sol no cesa de perder cierta cantidad de su calor en el universo, enfriándose de día en día, con lo cual se van empeorando en igual proporción las condiciones necesarias para la existencia de los organismos. Aun antes de enfriarse el Sol por com-

¹ *Microcosmus*, III, pág. 6.

pleto, el agua indispensable á todos los organismos habrá desaparecido de la tierra, habiéndose infiltrado en lo interior de la tierra y entrado en los hidratos. Hasta el tiempo presente, ya se ha perdido un décimo octavo de la cantidad de agua que antes había en el globo terráqueo. Parece que los diferentes procesos que substraen el agua á los vivientes, están terminados en la Luna, y que en el Sol inflamado aún no han comenzado. Además no faltan indicios de que algún día desaparecerá de la atmósfera el carbono que la existencia orgánica requiere con igual necesidad que el hidrógeno.

En cuanto, en segundo lugar, al globo terráqueo mismo, se le ha puesto el horóscopo de muy diversos modos. Algunos han creído que el choque inevitable con otro cuerpo celeste, con un cometa sobre todo, le acarrearía algún día la muerte. Mas esto no es, á peor suceder, sino una eventualidad, y, aun si llegara á ser realidad, semejante colisión significaría, si, una horrible catástrofe para la tierra, pero no su total exterminio.

Otros han manifestado la opinión de que el fuego, que como masa líquida candente constituye el cuerpo de nuestra tierra, ha de devorar á su tiempo la costra sólida que sustenta las existencias orgánicas. "Esas estrellas nuevas que resplandecen algún tiempo en la bóveda celeste y luego vuelven á desaparecer, son en los tiempos actuales como el toque de fuego de aquella gran catástrofe, y los terremotos son como la voz sorda y ronca de la campana volteada en vísperas del día de la muerte de la tierra". Mas aunque concedamos que algún día las entrañas candentes de la tierra suban á inundar los continentes y mares, esto significa una época de las más importantes por la que ha pasado este globo hasta ahora, pero no equivaldría á un exterminio completo.

Otros hay que prevén el día en que todos los planetas encuentren su sepulcro ardiente en las llamas del Sol. Pero no está demostrado que nuestro sistema planetario venga jamás á caer hecho ruinas en el seno inflamado de la estrella fija que nos rige. Es posible, tal vez verosímil, pero de ahí no pasa la eventualidad mencionada.

En tercer lugar, tendríamos que decir acerca del fin universal del mundo lo mismo que acabamos de observar respecto del de la tierra. "Aun nuestro Sol no está parado, dice PFAFF; aun él recorre el espacio con velocidad igual á la de los planetas, arrastrándonos en su vertiginosa carrera; no sabemos á dónde va ni de dónde viene. Como el Sol, se mueven también las innumerables estrellas fijas; en ninguna parte vemos nada tranquilo; en todas

LICHTENSTEIN, *El fin de la Tierra*, 1880, pág. 20.